

sometido á una ley fatal, en cuya unidad tenebrosa se encuentran confundidos el bien y el mal, la sabiduría y la perversidad. Siendo la primera de las virtudes en el buddismo la inacción del talento, todas las demás le están subordinadas, y el objeto supremo es llegar al éxtasis, al vacío, al anonadamiento.

Floreció el buddismo en China bajo el poder de los yuan, y de nuevo bajo el de los manchues, reinantes en el día. En 1779 Kien-lung escribía al gran lama, que le consideraba como el jefe y el más santo de todos los que consagraban su vida al servicio del Todopoderoso, y que su único deseo

era ser contado entre sus discípulos. Pedíale, en consecuencia de edad, como era de setenta años, el favor de poder contemplarle antes de morir, y de orar en su compañía. Dignose su santidad acceder á los deseos del emperador, pero llegado que hubo el gran lama á la corte celeste, murió allí de viruelas.

También el presente emperador de la China deseó ver al gran lama; y también éste, apenas hubo llegado, murió. Sus creyentes habían tenido la precaución de hacerle designar á su sucesor, niño arrancado de en medio de sus juegos para someterle á aquellos penosísimos honores.

CAPÍTULO XXII

DINASTIAS VII, VIII, IX, X, XI, XII Y XIII.—265-907.

VII dinastía.—Habiendo sido depuesto por Song-chao el último de los Hu orientales, Zu-wu-ti, hijo de este último, comenzó la dinastía de los Tsin. Después de encarnizadas luchas, destruyó á sus rivales y á los tártaros sus aliados. También sometió á Nankin y al reino de Hu, volviendo la unidad al imperio, que comprendía entonces quinientas veinte y tres ciudades ó aldeas, defendidas por doscientos treinta mil guerreros.

Cinco mil actrices, destinadas al recreo del palacio de Hu, corrompieron enteramente á Zu-wu-ti, de suerte que no pensó más que en vivir en indolente deleite. Hacíase llevar en un carro ligero, á través de inmensos parques, por carneros enseñados al efecto, y bajaba donde se paraban para cenar allí al lado de una de aquellas mujeres, que á porfía le servían golosinas, y procuraban detener los carneros á su puerta dándoles las yerbas que más les agradaban. En medio de estas bajas diversiones, dejó que se encendiesen de nuevo las guerras, y no hubo un momento de descanso en todo el curso de su largo reinado y en el de su inepto hijo Oei-ti (290). Dícese, que perecieron en las discordias civiles cien mil chinos, que los pequeños príncipes se aprovecharon de ello para cobrar valor, y los enemigos para emprender sus incursiones. Lieu-yuan, uno de los jefes de los yung-nu, después de haber servido en empleos de gerarquía á los emperadores de Tsin, pensó en hacerse independiente, y tal vez en restablecer á la familia de los Hu, de la que pretendía descender por línea materna. Habiéndose dedicado á civilizar á sus súbditos y á establecer leyes y penas, obtuvo el mando de cinco hordas de los yung-nu, con las cuales se dirigió contra la China, de la que se hizo proclamar emperador; degradando á los emperadores de Tsin hasta el punto de hacer que le sirviesen de coperos á la mesa. Entregóse entonces

á las mayores crueldades, y ¡desgraciado de aquel que se hubiese atrevido á dirigirle amonestaciones! No obstante esto, presentáronsele una vez los ministros, haciendo llevar sus ataúdes á la puerta del palacio, y le manifestaron que merecía el título de tirano. Les escuchó y los recompensó; pero no cambió en nada su modo de obrar.

Los grandes del reino juraron, bebiendo sangre reunir sus fuerzas para sostener la familia imperial. Después de la muerte de Lieu-yuan, su hijo Lieu-tsan fué asesinado por su ministro, quien habiendo violado é incendiado los cadáveres de sus predecesores (317), proclamó á Yuen-ti, vástago de los Tsin. Como este príncipe trasfirió la silla del imperio á Nankin, designáronse los miembros de la familia bajo el nombre de Tsin orientales.

No obstante esto, no se restableció la tranquilidad. El hijo de Lieu-tsan, que dió á su dinastía el nombre de Chao, continuó la guerra contra los Tsin, secundado por el valor de Chi-le, intrépido jefe de los yung-nu; pero recompensado este guerrero con ultrajes, pensó en emplear su espada en interés propio. Habiendo, pues, derrotado á Lieu-tsan, sustituyó su familia á la de Chao; dominó treinta y tres años en el nordeste de la China, hasta que fué derribado por los Vei. Narran que el príncipe de Chao construyó en Ye un palacio de una inesplicable suntuosidad; las paredes eran de finos mármoles; los suelos, dados de espléndidos barnices; las campanillas colgadas enrededor de las cornisas, eran de oro; las columnas de plata, las mamparas de perlas. Cuando aquel edificio, en el cual trabajaron los más hábiles artistas, se acabó, el príncipe colocó allí hermosas doncellas que había elegido en las familias de los mandarines, y también entre el pueblo. Mil de ellas, cabalgando en caballos magníficamente enjaezados, formaban su guardia y le acompañaban en sus viajes. Estaba

habitado aquel palacio por más de diez mil personas, astrólogos, adivinos, arqueros, luciendo todos los más magníficos adornos.

Entre tanto fué ocupado el trono por varios emperadores, cuyos reinados se turbaron con continuos levantamientos. Rodeados por eunucos y ministros, ocupábanse en argumentar con los budistas, ó en buscar con los tao-sse el brebaje de la inmortalidad.

VIII dinastía.—Lieu-yu, de padres pobres, pero dotado de ingenio y vivacidad, aprendió á leer y escribir sin maestro, enriqueciéndose con variados conocimientos; avergonzado de una posición que le obligaba á vender sandalias para vivir, se alistó como soldado, señalándose por su valor, sobre todo contra Sun-guen, temible pirata que desalojó del Kiang (400), desde donde quería remontarse hasta la metrópoli del imperio. Colocado á la cabeza del ejército, rechazó Lieu-yu los numerosos competidores al trono de los Tsin, y fué nombrado príncipe de Sung en recompensa (418). Prosiguió el curso de sus victorias; pero habiendo marchado contra el príncipe de Hia, vió frustrarse su empresa por la debilidad del emperador Ngan-ti, de quien se vengó haciéndole extran-gular, y sustituyéndole por su hermano Kong-ti. Temiendo éste igual suerte, escribió su abdicación en una hoja de papel encarnado, y de esta manera fué como concluyó la dinastía de los Tsin, después de ciento cincuenta y tres años de una dominación débil y agitada (419). Mandó Lieu-yu á Chang-uei llevar el veneno al monarca caído; pero no atreviéndose Ciang-uei ni á desobedecer á su nuevo amo, ni á dar muerte al antiguo, bebió él mismo el brebaje fatal. Entonces mandó Lieu-yu á Kong-ti darse muerte; y como respondió que la religión de Fo le prohibía el suicidio, le hizo degollar.

Comenzó bien Lieu-yu la nueva dinastía de los Sung (420); héroe en el campo de batalla, hábil en el gobierno, sin orgullo ni ostentación, fiel á las antiguas doctrinas, magnánimo y bienhechor, aspiraba al título, tan comunmente prodigado y tan rara vez merecido de padre del pueblo; pero murió después de haber reinado dos años. Chao-ti, su hijo degenerado, fué bien pronto depuesto, muerto y reemplazado por su hermano Ven-ti, al cual no le hacen más cargo los historiadores que la protección que concedió á los bonzos. Un letrado le dijo: «Hace cuatrocientos años que la secta de Fo se había introducido en el imperio; se ha extendido de tal manera, que no hay aldea donde no tenga torres y templos: ¡cuánta madera, cuánta piedra, cuántos ladrillos, hierro y plomo se han consumido! ¡cuánto bronce, oro y plata empleados para los ídolos que se adoran allí! Vuestra magestad haría bien en demoler aquellos edificios, y en reparar los monumentos públicos con sus materiales. No hizo nada el emperador; pero construyó un vasto colegio, que fué un plantel de personajes ilustres. Renovó la costumbre de criar en la corte gusanos de seda con las moreras de los jardines reales, co-

gida la hoja por la misma emperatriz, siendo también ella la que trabajaba con sus manos la seda con que se hilaba la tela para el gran sacrificio al cielo.

Pero en el cambio de dinastía se habían sublevado varios príncipes, y con particularidad en el Norte, los Uei habían fundado un imperio. Sostuvo contra ellos Ven-ti continuas guerras, hasta el momento en que fué muerto por su hijo mayor (453), quien también recibió la muerte de su hermano Hiao-vu-ti. Ascendido al trono por un crimen, pensó este príncipe en destruir el foco de las turbulencias interiores, humillando á sus parientes, que poseedores de vastos dominios, trataban con fausto imperial, y mandaban despóticamente á sus vasallos. Les hizo presente que sus divisiones podrían abrir el camino á alguna otra familia, y procuró inducirles á renunciar á aquel excesivo poder, lo cual consiguió. De esta manera se encontró robustecida la autoridad imperial, resultando de ello, que respetado por los Uei y por los Estados comarcas, procuró al país una verdadera prosperidad. Echó á perder su obra su hijo Fu-ti, libertino desenfundado, y enseguida Ming-ti (465), príncipe cruel y sin pudor, que introducía amantes para sus mujeres que él era impotente á fecundar.

IX dinastía.—Dejó el trono á Lieu-yu (466), engendrado de la manera dicha, recomendándole á Siao-tao-ching, que era su primer ministro y el general de sus ejércitos. Pero éste que aspiraba al trono, se deshizo de los dos supuestos hijos de Ming-ti, y de todos los que podían oponerse á sus proyectos. Encontróse estinguida de esta manera la dinastía de los Sung y la de Tsi dió principio con el nombre de Cao-ti (1).

Cao-ti estableció su corte en Nankin y decía: *Que solamente reine diez años y haré que el oro sea tan comun como el lodo*, pero murió al cuarto año de su advenimiento (483). Vu-ti, su hijo, decretó que los mandarines no permanecerían en ejercicio más de tres años, y que después sería revisada su administración.

En su reinado, apareció el letrado Fan-chin, encarnizado adversario de los bonzos; para contradecirles, enseñaba el fatalismo, y proclamaba que todo perecía con el cuerpo. Un hijo del emperador, que siempre le tenía á su lado, le preguntó un día cómo podía explicar por su doctrina, la diferente condición de los hombres: «La vida, respondió, se asemeja á las flores de los árboles, que al principio son botones, después se abren, se dilatan y acaban por ser llevadas por el viento. Entre los hombres, algunos son como las colgaduras del lecho; otros como los banquillos que le sostienen. Príncipe, vos sois las colgaduras; mis semejantes son

(1) *Tsi-tsu-cau-hoang-ti*, es decir, el gran emperador muy sublime; título comun á varios fundadores de dinastías. Los chinos por abreviar dicen solamente Cao-ti, ó bien para distinguirlo de los demás emperadores del mismo nombre, añaden el de su dinastía, y le llaman *Tsi-cau-ti*.

los banquillos que os sostienen. Aunque diferentes por la riqueza y la costumbre, su principio y fin son los mismos. El aspecto del hombre es el indicio de sus ideas. Las ideas son los instrumentos de que se sirve para emprender alguna cosa. Las ideas respecto del cuerpo son como el corte de un sable. ¿Cuándo el sable se destruye no se destruye también el corte?»

No le faltaba á pesar de todo, oportunidad en sus reflexiones. Un día vió el príncipe al volver de caza, un campo de sazonadas espigas: cogió algunas de ellas y las mostró á Fan-chin: «Son hermosas, dijo el letrado, pero no reparais sino en su belleza, no en las fatigas que cuestan. Si pensáseis con cuantos sudores las ha bañado vuestro pueblo durante tres estaciones, os disgustaríais de estas cacerías».

Permanecían los emperadores Vei en posesión de la parte septentrional del Chan-si. En su consecuencia, tenían frecuentes relaciones con el Asia Media y Occidental, recibiendo embajadas de la Persia, de la Transoxiana, del país de los alanos y de la India. Pero no cesando las sectas interiores, ni gozaron, ni dejaron gozar á los demás de paz. Encontrábase entonces el país gobernado por un príncipe cuyas intenciones eran pacíficas, y que decía: «Si mis predecesores prolongaron tanto la guerra, fué por consolidar la paz. Ahora que todo está tranquilo jamás aprobaré que se turbe este estado de cosas por un motivo ligero.» Ocupóse con preferencia en restablecer la disciplina y en destituir á indignos favoritos. Deseoso de instruirse, siempre tenía, ya estuviese á caballo, ya en litera, un libro en la mano. Reunió un día á todos los ancianos de sus Estados, les dió un banquete, donde se sentó con ellos, y consultó á su prudencia y á sus recuerdos, tanto sobre el gobierno como sobre los mandarines.

Preguntado un embajador por él con respecto á la dinastía de los Tsi, respondió: «No ha hecho gran bien al país. Se ha elevado, no por el mérito, sino por la fortuna, y no podrá sostenerse mucho tiempo. Gobierna de un modo áspero y vulgar. Hay una infinidad de empleos, y no se encuentra nadie que pueda desempeñarlos bien. Nada parece estable y regular. El pueblo murmura, y aspira á cambiar de señor.»

X dinastía.—En efecto, no duró aquella dinastía. Ming-ti, uno de los peores tiranos, adquirió el trono (494-99) y se sostuvo en él por la crueldad. Pao-kuan, su hijo, se manchó con toda clase de ignominias. Su general Siao-y, había defendido bien el imperio contra los Uei ó Vei; pero el emperador le hizo envenenar. Entonces temiendo su hermano Chao-yan que no le aconteciese otro tanto, tomó las armas, y apoyado por los descontentos depuso á Ho-ti, hermano de Pao-kuan y se hizo reconocer emperador, y dió principio á la dinastía de los Liang.

Devolvió Vu-ti (este es el nombre que tomó) su brillo al imperio. Restableció las comunicaciones

con el Asia Meridional, enviando frecuentemente bageles á la isla de Ceilan y á los puertos de la India; también recibió embajadas de la Persia y del centro del Asia. Viendo alteradas las creencias nacionales por el buddismo, por los tao-sse, y por las incesantes disputas y persecuciones que añadían males á los males que minaban el país, trató de resucitar la filosofía de Confucio, considerada siempre como la única legal. En su consecuencia, hizo construir una sala en honor de aquel grande hombre, abrir colegios en cada ciudad, para dar lecciones de historia, para comentar la antigüedad y los King. No obstante esto, no dió fin á su reinado sin haberse dejado seducir por los bonzos, hasta el punto de que con el objeto de poder discutir con ellos, se encerró en un monasterio para vivir en él según sus reglas. Quejáronse los grandes, y quisieron que volviese al gobierno; pero los bonzos se opusieron á ello, sosteniendo que había profesado, y no pudo libertarse sino pagando una gran suma. Habiéndose por su parte, la emperatriz cortado el cabello, se había también hecho bonza, y había construido un monasterio, que podía contener mil religiosas, bajo el nombre de *paz eterna*; pero reconocida culpable de graves delitos, fué arrojada al agua, con una gran piedra al cuello. No tardó el emperador en volver á emprender su vida activa. Comía solo una vez al día, y únicamente yerbas, arroz y frutas; se vestía con simple tela, hablaba con modestia, aun á sus criados y eunucos. No condenaba á nadie á muerte, por respeto á la metempsicosis; prohibía hasta que se diese muerte á los bueyes y carneros, aun cuando fuese para sacrificios, y mandó que se sustituyesen con harina. Concibieron sus súbditos descontento. Resultó de ello que habiéndose rebelado, el general Heu-king, se apoderó de Nankin, y del emperador, á quien dejó morir de hambre, á la edad de noventa y seis años (550): colocó en el trono imperial á Kian-ven-ti, hijo del muerto, pero poco tiempo después, le depuso y le sofocó, titulándose emperador de Han; pero Yuan-ti, otro hijo de Vu-ti, fué sostenido por los grandes, que cogieron al rebelde, le cortaron la cabeza (552), y entregaron su cadáver á los mayores ultrajes y á la voraz rabia del populacho. Trasladó Yuan-ti su capital á Kiang-ling, pero Chin-pa-sien, aquel general que había vencido á Heu-king, habiéndose aliado con los Vei septentrionales, le atacó y le sitió en la ciudad de su residencia. Salió entonces el emperador de la devota soledad en que vivía bajo el vasallaje de los bonzos, y tentó la suerte de las armas; pero conociendo que no le quedaba ya esperanza, rompió su espada, prendió fuego á la biblioteca, que contenía ciento cuarenta mil tomos, exclamando que las ciencias y el arte militar habían perecido; y después fué á entregarse al vencedor, quien le hizo dar muerte, y lo mismo trató á King-ti que le sucedió (555), y último de los Liang.

XI dinastía.—Este príncipe había cedido sus derechos á Tin-pa-sian, primer emperador de la di-

nastia Chin (557), que reinó treinta y tres años y protegió las ciencias y los bonzos, mientras que el emperador del país septentrional los perseguía de muerte. Ven-ti, su hijo, supo hacerse amar y respetar. Mandó que se anunciaran las horas de la noche dando golpes sobre un tambor (560), como todavía se practica ahora; pero tuvo sucesores indolentes y disolutos. También en el Norte se entregaba el emperador Heu-cheu á un inmoderado fausto. Edificó tres torres cuya altura pasaba de cien pies, y en lo interior de las cuales había muchos salones adornados con lo más precioso, y de donde brotaban bonitos surtidores de agua en medio de flores de todas las estaciones. Allí consumía sus días en medio de suntuosos placeres. Yang-kien, su suegro y su primer ministro, ya príncipe de Sui, le depuso y luego marchó contra los Chin: el emperador no creyó al pronto en el peligro; pero cuando le vió de cerca bajó con sus mujeres al fondo de un pozo, de donde se le sacó con escarnio. Fué depuesto (589), y acabando con él la dinastía de los Chin, empezó la de los Sui.

XII dinastía.—De esta suerte se hallaron reunidos el Norte y el Mediodía, y la China de más acá y más allá del Kiang, volvió á ser una nación poderosa. El emperador, que tomó el nombre de Ven-ti, era iliterato, aunque dotado de enérgico talento; mereció ser contado entre los mejores príncipes. Templado y benévolo reformó la música y la elocuencia, promulgó un nuevo código, conforme, pero no servil á las prescripciones de las tres primeras dinastías. Apercibiéndose de que había demasiados colegios mantenidos á espensas del Estado, los suprimió, á escepcion del de la capital, y convirtió los edificios en graneros, que fueron llenados con el dinero que servía para sostener los colegios, y con la porcion de arroz y de trigo que como fondo de precaucion debía depositar allí cada familia. Enemigo, no de los letrados, sino de la turba que usurpaba su nombre, á los diez mil volúmenes reunidos por los Heu-cheu añadió cinco mil que había comprado ó conquistado. El letrado Van-tong le propuso doce medios de conservar la paz, pero él no le hizo caso. Entonces abandonando la corte este consejero se dedicó á la enseñanza, y adquirió tal renombre, que Ven-ti quiso tenerle á su lado; pero el sabio se negó á ello diciendo: «He nacido en una casa abierta al viento y á la lluvia: para alimentarme bien ó mal basta muy poco terreno: por lo demás, ocupado en estudiar los libros y en investigar la verdadera doctrina, vivo con mis discípulos, y soy el hombre más contento del mundo. En lo concerniente á gobernar á los pueblos, tened el corazón recto y sincero y no deseéis más que el bien. Mi mayor júbilo consiste en saber que os esmerais por conservar la paz. No deseo empleos. Son sumamente peligrosos: instruyendo á la juventud, presto al Estado un servicio de la mayor importancia.»

Yang-ti, 605.—Su segundo hijo le asesinó, como asimismo al hijo mayor, y reinó con el nombre de

Yang-ti. Mezcló al cuidado de los negocios públicos los deleites de la caza, de la música y de las mujeres. Mandó reparar la gran muralla, y prohibió gastar armas; ley que todavía subsiste. Empleó los tesoros paternos en edificar á Lo-yang, á donde trasladó su residencia: allí empleó dos millones de individuos en trasportar piedra desde una distancia muy grande. Hizo que se revisaran por cien letrados y que se reimprimieran todos los libros de guerra, de política, de medicina, de agricultura. Por su estremada solicitud se aumentó la biblioteca imperial hasta el número de cincuenta y cuatro mil volúmenes, y excluyó á todos los que no tenían el grado de doctor así de los empleos civiles como de los militares. Venció á los rebeldes de Tonkin, invadió el reino de Siam, en cuya capital halló inmensas riquezas, como también diez y ocho ídolos de oro macizo. Vióse obligado el rey de Corea á rendirle homenaje, y otros príncipes extranjeros se pusieron bajo su patrocinio.

Nada se podía ver más magnífico que su palacio, cuyo jardín tenía veinte leguas de circuito. Veíase en medio un gran lago rodeado de colinas; sobre cada una de ellas había hermosos kioscos abiertos al aire y vastos aposentos de bambúes, donde flores artificiales sostenían una eterna primavera. Acudía á los diferentes palacios construidos en aquel vasto recinto, acompañado por tropas de concubinas á caballo, como él, tocando instrumentos y caracoleando. Las suntuosas barcas de su uso hubieran ocupado una longitud de sesenta millas. Al lujo de los edificios añadió los graneros públicos, de los cuales uno tenía dos leguas de circunferencia. Para procurarse los materiales necesarios á sus construcciones, abrió canales que, reuniendo los ríos de segundo orden con el río principal, contribuyeron á la prosperidad del imperio del medio. Hizo florecer el comercio interior, y los pueblos de Occidente acudieron á traficar á la ciudad de Kan-chu, bajo la inspeccion de magistrados particulares. Pudieron adquirirse por su medio bastantes datos sobre los países extranjeros para trazar un mapa que representase los cuarenta y cuatro principados que entonces subsistían, con los caminos que conducían desde el imperio del medio al centro del Asia: uno de estos caminos se dirigía hacia el país de los uigueros orientales; otro hacia el de los occidentales, y un tercero hacia el principado de Chen-chen, invadido en la actualidad por arenas. Estos informes inspiraron á Yang-ti el deseo de verse reverenciado del Occidente, y entonces, tanto por sus embajadores y sus espléndidos dones como por la fuerza, devolvió á la China la preponderancia que ejercía sobre la estremidad del Asia antes de ser fraccionada.

XIII dinastía.—Pero sus numerosas construcciones le precisaron á cargar los pueblos con nuevos impuestos; cada familia tuvo que contribuir con un hombre de quince á cincuenta años; los mismos soldados se vieron obligados á trabajar mediante

un aumento de sueldo. Acabaron todos por cansarse; trastornóse el país; cien competidores aspiraron al trono, y formaron otros tantos Estados independientes. Habiendo reunido Li-yuan, de la antigua familia de los Li, fuerzas imponentes, batió á varios jefes rebeldes, destituyó á Yang-ti, destruyó á los Sui, y con ellos las doce pequeñas dinastías y dió principio á la de los Tang (618), bajo el nombre de Kao-tsu.

Al ver éste el magnífico palacio de los reyes sus predecesores, exclamó: *¡Perezca un edificio que no sirve sino para debilitar el corazón de un príncipe, y fomentar su avaricia!* y le hizo incendiar. Su piedad hacia Lao-kiun hizo que le construyese un templo, y dispuso que cien mil bonzos contrajesen matrimonio, para proporcionar hombres á su ejército (627). Después de haber subyugado á sus enemigos, abdicó en favor de su hijo Li-chimin, que había sido su brazo derecho en las anteriores victorias, y que supo contestar con generosidad á los envidiosos ataques de sus hermanos, á las calumnias con nuevos triunfos, rechazando las reiteradas invasiones. Acometido en fin por sus hermanos, se vió obligado á hacerles la guerra y esterminarlos.

Tai-sung.—Es contado entre los mayores héroes de la China (626) el que gobernó bajo el nombre de Tai-sung (2). La estendió hacia el Occidente, y para mantener sujetos á los Tu ku-koen, descendencia de los príncipes de Siam-pi, como también á los tibetanos, que entonces empezaban á agitarse, como para impedir á éstos interrumpir las relaciones comerciales con el Occidente, estableció en el centro del Asia cuatro *chin* ó gobiernos militares, en las comarcas rodeadas de las montañas cubiertas de nieve de Tsung-ling y de Tian-chan. Los países al Oeste y al Norte de aquellos gobiernos se sometieron á los chinos. Esta nación tuvo de esta manera á su obediencia todo el vasto espacio comprendido entre el gran Imperio y la Persia, que formó, con el mar Caspio, su límite al Oeste. Al mismo tiempo, tocaba por el Norte con el Altai y los tang-nu, comprendiendo la Sogdiana, el Turquestan, parte del Korasan y los países atravesados por la cordillera del Indo-Kusc.

En lo interior, el hijo del Cielo era el jefe de gran número de Estados feudales gobernados por príncipes, de los cuales diez y seis eran de primera clase, llamados vireyes (*tu-tu-fu*) y setenta y dos de menor importancia. Sus tropas estaban repartidas en ciento veinte y seis campos militares. Aquellos príncipes recibían del emperador el des-

pacho, el sello y el cinturón; pero en lo demás administraban á su antojo, enviando en cierto tiempo embajadas y regalos á la corte, obligándose á sostener sus provincias en paz.

No eran solo éstos los vasallos que rendían homenaje á Tai-sung: deben añadirse aun los del Nepal y del Magada, en la India. Isdegerdes, shah de Persia (638), arrojado por los árabes (3), buscó un refugio en Fergana; el mismo Fu-lin, es decir, el emperador romano, envió de regalo á Tai-sung (643) cristales de color de púrpura (*rubles*) y esmeraldas. El engrandecimiento de los árabes (*tu-chi*) no quedó ignorado por los chinos: mencionan sus anales que invadieron el territorio de los romanos, derrotaron sus ejércitos, y los sometieron á un tributo. ¡Tan lejos se dejaba sentir la fama de aquellos beduinos, encerrados poco tiempo había entre dos golfos y el desierto!

Corea.—Tuvo también que habérselas Tai-sung con la Corea (*Kao-li*). Esta estensa península oblonga, que tiene la China al Oeste y el Japon al Este, rodeada de ciento cincuenta islotas esparcidas en el mar Amarillo y en el del Japon, de tanta estension como la Italia, está bajo la misma latitud, pero es tan fria por las montañas, que es preciso en invierno abrir galerías bajo la nieve para comunicarse de una casa á otra (4). Contiene cerca de ocho millones de habitantes, distribuidos en cuarenta y un principados, donde se cuentan treinta y tres ciudades de primera clase, treinta y ocho de segundo orden, y setenta de tercera.

Debe su cultura á los chinos, cuya lengua, escritura y doctrina se encuentran en uso entre los letrados, á quienes distinguen dos plumas en el gorro; mientras el pueblo habla un idioma que le es propio, y en el cual se encuentran mezcladas muchas palabras chinas y manchúes. Se viste á la usanza de los chinos, una túnica larga abierta con grandes mangas, un gorro cuadrado, y polainas de cuero, de algodón ó seda. Los ricos se cubren la cabeza con un sombrero de anchas alas y de forma aguda. Tienen la barba larga, los cabellos cortados; y las mujeres reúnen los suyos en grandes trenzas sobre la nuca. Labran esmeradamente el terreno hasta la cima de las montañas, sosteniendo la tierra con ayuda de pequeños muros. El arroz es el cultivo y el alimento más general. Parecen descender de una nación en otro tiempo muy poderosa en el corazón del Asia, y llamada Sian-pi, al Sur de la cual

(3) Véase antes, pág. 316.

(4) Klaproth publicó en 1832 la traducción del *San Koktsau ran to sets*, ó prospecto general de los tres reinos. Hamel había publicado en 1668, en Rotterdam, una descripción de aquel país. *Journal van de ongelukkige voyagie van t'iaacht de Sperwtr, gedestineerd un Tazowan in t'jaar 1653, hoe t'selve iaacht opt' Quelpaerts eyland is gestant; als mede eem pertinente beschry ving der landen, provintien, steden ende forten legende in t'koningry Corea.*

(2) Klaproth le llama *Wen-vu-ti*, nombre que no se le da en ningún libro chino. Este escritor se ha separado también en otros nombres de la leccion comun, sin motivo; y da por ejemplo, al hijo de Tai-sung el nombre de *Hiao-ti*, en lugar del de *Kao-sung* que es con el que se le conoce comunmente.